

## ***Alfredo Castañeda o la elocuencia del silencio***

**Texto del editor y ensayista mexicano Gonzalo Celorio con motivo de la exposición *Alfredo Castañeda, pintor de poesía* (Casa de América, 2024).**

Como lo sostiene el filósofo hispano-mexicano Luis Villoro en su ensayo "La significación del silencio", tal vocablo no debe entenderse como la mera ausencia de sentido, sino como un hiato discursivo cargado de atributos semánticos tan expresivos o más que la palabra.

En su célebre conferencia dedicada a la poesía de nuestro país, Xavier Villaurrutia dice que "el mexicano es por naturaleza silencioso [...] Si no sabe hablar muy bien, sabe en cambio callar de manera excelente". Y hace un recorrido por la presencia del silencio, o de sus manifestaciones vicarias -la contención, la elusión, el eufemismo y hasta la mentira-, en nuestra tradición lírica.

Sor Juana le dice al amado en sus lirás de ausencia "óyeme sordo pues me quejo muda", y en uno de sus sonetos de amor y discreción proclama, si bien con palabras, que el silencio es más elocuente que el verbo; que, en el amor, el silencio tiene la palabra: "Esta tarde mi bien cuando te hablaba / como en tu rostro y tus acciones vía / que con palabras no te persuadía / que el corazón me vieses deseaba...". Ramón López Velarde canta a la patria, a la Suave patria apenas salida de la aspereza revolucionaria, no con la trompetería propia de los poemas heroicos, sino "con épica sordina" y desde "el íntimo decoro". Amado Nervo denomina un poemario de su autoría *En voz baja*, y Enrique González Martínez titula otro suyo *Silenter ...* El propio Villaurrutia, en el *Nocturno* en que nada se oye, define el pulso de sus sienes como "muda telegrafía a la que nadie responde."

He recurrido a la tradición lírica mexicana para hablar de la obra pictórica de Alfredo Castañeda no sólo porque él también ejerce la poesía, sino porque su pintura es poética en el sentido más amplio de la palabra: su belleza -que también puede ser convulsa, como quería André Breton-, provoca en el espectador, como toda verdadera poesía, una respuesta inefable que ilumina con prístina claridad las zonas oscuras del alma.

Nadie pensaría que la pintura es un arte verbal o discursivo, aunque muchos pintores, en sus cuadros, "cuentan" historias, "aluden" a leyendas, "escriben" alegorías, "discurren" por pasajes históricos o mitológicos... Ciertamente, los cuadros "hablan": oímos el tremebundo batir de las olas en los naufragios de Turner, la algarabía retona de los bañistas adolescentes de Sorolla, los alaridos de las mujeres y el relincho del caballo del *Guernica* de Picasso, por no hablar de *El grito*

de Edvard Munch ... Lo excepcional, más bien, es retratar el silencio y lo que el silencio dice. Ante la Gioconda de Leonardo enmudecemos porque su tan aludida sonrisa enigmática nos impone su mutismo. Ese silencio lo he "oído", por ejemplo, en los cuadros de Paul Delvaux, en los que predomina el sigilo estatuario y nocturno no obstante que los personajes se ubiquen en una estación ferroviaria, caracterizada por su ruidosa sonoridad. Lo he "oído" también en la pintura de René Magritte, tan cara a Castañeda, en la que los objetos, reproducidos con precisión realista, nos "dicen" lo que no son, lo que ocultan, lo que callan.

Ese silencio se oye, sí, como en el cuento "Luvina" de Juan Rulfo:

**[...] Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:**

**-¿Qué es? -me dijo.**

**-¿Qué es qué? -le pregunté.**

**-Eso, el ruido ese.**

**-Es el silencio [...]**

Pues bien, los cuadros de Alfredo Castañeda podrían caracterizarse por el misterioso silencio que emanan y por la consecuente apertura de su significación íntima y profunda.

Su Libro de horas, de reminiscencias medievales, en el que se dan cita su pintura y su poesía, se abre con el cuadro Nuestro secreto. En él, su recurrente personaje barbado de mirada demandante, nos hace cómplices, con el índice sobre los labios, de un secreto que cada espectador podrá entender a su manera sin que su apertura semántica obnubile la significación predominante de la confidencialidad. Se trata de una pintura de formato pequeño, como conviene a la intimidad que quiere transmitir. El "protagonista" solitario, vestido de negro hasta el sombrero, se protege, se resguarda o se esconde tras un viejo volumen de lomo sobredorado con tejuelos igualmente mudos, salvo por el número dos escrito en romanos, que sugiere (perdón: a mí me sugiere) una ortodoxia subvertida de ángel caído en el pecado. El personaje tiene unas pequeñas alas, menos de ángel, por cierto, que de libélula, incapaces de emprender el vuelo. Pero esta es mi "lectura", personal e intransferible, que podría sumarse a todas las lecturas de quienes contemplan esta obra. No se trata de un lenguaje alegórico, unívoco por definición, sino de un lenguaje simbólico, abierto a la multiplicidad de sentidos. El cuadro remueve en el espectador su inapelable complicidad y lo conmina a la reacción de su propio mundo interior. No en vano, el título de la obra contiene un pronombre incluyente: nuestro secreto.

He elegido esta pintura en particular para recorrer la obra de Alfredo Castañeda, por su carácter paradigmático. Pero las características que he advertido en ella pueden hacerse extensivas en lo general a su pintura y también a la obra poética que, sin restarle autonomía, la acompaña.

En el cuadro Con Tonantzin, de explícita referencialidad prehispánica que alude a la madre por antonomasia, identificada en la Colonia con la Virgen de Guadalupe, que es cifra de nuestra nacionalidad, Castañeda se "autorretrata" saliendo del claustro materno de una mujer pródiga en la multiplicación de sus senos nutricios. El poema adyacente es un manifiesto de la introspección, según el cual se ve mejor de cara a la pared y mirando sólo con el rabillo del ojo para descubrir el sentido de las "palabras nunca pronunciadas." Ese silencio está presente aun en un cuadro que representa una pequeña orquesta que toca instrumentos de viento y percusiones y, sin embargo, no se escucha. No en vano la obra se titula Música callada.

No es la suya una pintura racional más que en la medida en que lo es la poesía. En su cuadro El juego con D. Leonardo hace una parodia ciertamente lúdica de El hombre de Vitrubio o Estudio de las proporciones ideales del cuerpo humano, presentando a su constante protagonista con tres piernas y tres brazos, con la cabeza cubierta por su prototípico sombrero que oculta la cabeza, cubierta por su prototípico sombrero que oculta la cabeza, es decir que descarta el pensamiento racional, mientras florece en el centro mismo del círculo ideal el corazón. Es como "la voz escondida en el centro del espejo" de su poema Hora de renacer que escolta su cuadro precisamente titulado En busca del corazón, en el que se sustenta su "poética", el desiderátum de su pintura: la transformación del amor y la sensibilidad, representadas por un corazón que destila su pintura roja -la sangre- en obra de arte. Una derivación de este concepto es su cuadro Nuestro amor, en el que durante el coito se confunden, o mejor se funden, la barba del hombre con la cabellera de la mujer.

Castañeda vuelve a la exaltación del silencio en su cuadro Locura compartida. La locura, que los surrealistas reivindicaron como la única, verdadera y profunda cordura ("No será el miedo a la locura lo que nos haga bajar la bandera de la imaginación" es el apotegma con que André Breton abre el primer Manifiesto surrealista) une a los amantes a despecho de las palabras, que, como en el soneto de sor Juana, enmudecen. Es La hora de callar:

***Tú y yo estamos de acuerdo,  
pero no hacemos  
más que hablar  
y nuestras palabras  
nos separan***

A lo largo de toda su obra, Castañeda nos conduce "por el sendero oculto entre el decir de las palabras":

***Muy pequeño es el silencio***

***escondido en el minuto  
en que se abre la puerta  
del secreto de la creación.***

Palinodia

He ultrajado en estas páginas el sentido de la obra de Alfredo Castañeda. He puesto en palabras lo que debió haber permanecido en el silencio. Las resonancias de sus obras en cada uno de quienes las miran son inescrutables. Paradójicamente, la infinita diversidad de miradas constituye la hondura de su silenciosa significación primigenia.